

AL CONCLUIR EL AÑO DE LA FE

I

La Fe ante la mentalidad moderna de "la muerte de Dios".

"Debemos «creer en Dios».

"¿Pero, no es demasiado difícil para nosotros este esfuerzo, al que la mentalidad moderna nos ha llevado, hasta acostumbrarnos a la expresión blasfema de nuestra ceguera: Dios ha muerto? Es difícil. Pero aquí está el Maestro, que añade: «También creed en mí.» Cristo nos capacita para la fe, tanto natural como sobrenatural. Nos lo recuerda San Agustín: «Para que (el hombre) caminase con mayor confianza hacia la verdad, la verdad misma, Dios, Hijo de Dios, hecho Hombre, sin dejar de ser Dios, estableció ... y fundó la fe, con objeto de que el camino del hombre hacia Dios estuviera abierto al hombre por medio del Hombre Dios. Pues El es mediador entre Dios y los hombres, el Hombre Cristo Jesús» (De Civitate Dei, XI, 2; P. L., 41, 318; y cfr. Constitución dogmática Dei Verbum, n. 6)."

PAULO VI: Alocución en la Audicencia General. (12 de junio de 1968; texto italiano en L'Osservatore Romano del 13; texto en castellano: Ecclesia núm. 1.395 del 22 de junio de 1968).

La resurrección fundamento de nuestra fe...

"¿Podemos olvidar este acontecimiento, que nos hace recordar y revivir en nosotros la Resurrección de Cristo? ¿Su victoria sobre la muerte? ¿Su promesa, ya en vías de cumplimiento mediante la virtud y el significado sacramental del bautismo, de que también nosotros resucitaremos un día? ¿Podemos olvidar que sobre el hecho prodigioso, real y sobrenatural, al mismo tiempo, de la Resurrección de nuestro Señor, se fundamenta nuestra fe, nuestra certeza de que Jesús es el Salvador del mundo, nuestro compromiso de hacer de nuestra vida un testimonio,

"que se llama precisamente cristiano? No lo podemos olvidar. Más aún, debemos recordar, celebrar, aplaudir, porque Cristo ha resucitado y porque de su Resurrección brotó la Iglesia, a la que el Espíritu Santo confirió los carismas vivificantes de Cristo, para difundirlos en la humanidad, tan deseosa de vivir, de sobrevivir, como consciente de su mortalidad y ciega ante su destino ultraterreno. Y todo esto lo decimos con una aclamación convencional: Aleluya, acto de fe, de confianza, de gozo, de victoria, que resume en sí un cúmulo de verdades, de pensamientos y sentimientos."

PAULO VI: Alocución en la Audiencia General del miércoles de Pascua. (17 de abril de 1968; texto italiano en *L'Osservatore Romano* del 18; texto en castellano: *Ecclesia* núm. 1.387, sábado 27 de abril).

Frente la caducidad de las cosas temporales del hombre.

"La resurrección de Cristo, inauguración victoriosa de su realeza, impregnada pero salvadora, nos autoriza a esperar que el esfuerzo característico del hombre moderno, dirigido a la tenaz conquista del reino de la creación (*Gen.*, 1, 28), obtendrá de lo alto, es decir, desde el reino de Cristo, aunque no sea de este mundo, un atributo de luz, un testimonio de verdad (*Jo.* 18, 37), que alentará la obra del hombre, a veces cansada y a veces equivocada, para que persevere y progrese sin descanso en el auténtico perfeccionamiento humano. Es decir, esperamos que la virtud de la resurrección de Cristo pueda, en alguna medida, infundirse también en la caducidad de las cosas temporales del hombre."

PAULO VI: Radiomensaje en el día de Pascua. (14 de abril de 1968; texto italiano en *L'Osservatore Romano* del 16-17; texto en castellano: *Ecclesia* núm. 1.387, sábado 27 de abril).

II

Fortalecimiento de la fe por el conocimiento a la luz natural de la razón.

"Es necesario que destaquemos, para nuestra finalidad práctica, la necesidad de un conocimiento serio y orgánico de la fe; es lo que, desgraciadamente, falta a muchísimos, tanto entre los

"católicos como entre los que no lo son, y esto es intolerable en una sociedad en la cual la cultura tiene un puesto preeminente y en la que la facilidad de la información puede decirse que está al alcance de todos. Es, en cambio, doloroso observar cómo falta, generalmente, a nuestra gente un conocimiento que, aunque modesto, sea claro y coherente; el catecismo parroquial está casi generalmente abandonado: por desgracia, la enseñanza religiosa en las escuelas no alcanza siempre su cometido, que, en primer lugar, consiste en infundir en los alumnos la convicción razonada de que la religión es la ciencia fundamental de la vida; el libro de cultura religiosa es con frecuencia despreciado, y muchas veces es imposible encontrarlo; con todo ello, el conocimiento de nuestra fe es imperfecto, defectuoso, superficial y expuesto a las objeciones corrientes que encuentran eco en la ignorancia, tan difundida."

PAULO VI: Alocución en la Audiencia General del 19 de junio de 1968; texto italiano en *L'Osservatore Romano* del 20; texto en castellano: *Ecclesia* núm. 1.398, sábado 13 de julio de 1968).

"Nuestra posesión de Dios en esta vida nunca es completa, sino que es un inicio, una primera chispa que nos invita a una ulterior conquista de una luz más perfecta. Esta es norma conócísima de nuestro aprendizaje religioso, también para nosotros católicos que tenemos la fortuna de apoyarnos en fórmulas fijas y seguras de la fe; éstas no nos dispensan del esfuerzo de un estudio siempre progresivo y de un conocimiento cada vez mejor de las cosas divinas. Bien lo saben las almas que hacen de la religión y de la contemplación un alimento dulce y fuerte. Es un pensamiento que se repite frecuentemente en San Agustín; por ejemplo: «Amore crescente inquisitio crescat inventi», con amor creciente crezca también la búsqueda de Aquel que hemos encontrado (Enar. in Ps., 104; P. L., 37, 1392); y también: «Invenitur ut quaeratur avidius», encontramos a Dios para buscarlo más ávidamente (De Trin., XV, 1; P. L., 42, 1058). La fe no es un éxtasis, es un camino hacia las verdades divinas. El creyente es un peregrino que avanza por el buen camino hacia Dios."

PAULO VI: Alocución en la Audiencia General del 10 de julio. (Texto italiano en *L'Osservatore Romano* del 11 de julio de 1968; texto en castellano: *Ecclesia* núm. 1.399, sábado 20 de julio de 1968).

"Cuando hablamos de esto conviene recordar que en esa gran pregunta la palabra «fe» la entendemos en su primer significado de conocimiento natural de Dios, es decir, ese conocimiento que podemos tener sobre la divinidad con las fuerzas ordinarias de nuestro pensamiento; pues, hablando de «fe» como verdadero conocimiento sobrenatural de Dios, derivado de su revelación, entonces las fuerzas ordinarias de nuestro pensamiento son necesarias y sirven desde luego, pero no son suficientes; deben recibir el apoyo de un especial auxilio de Dios, llamado gracia; la fe es entonces un don que Dios mismo nos concede; es esa virtud teológica que, a pesar de la oscuridad de misterio que siempre rodea a Dios, nos da la certeza y el gozo de muchas verdades relativas a El.

"Para llegar a la certeza de esa inefable y soberana existencia decíamos que es suficiente pensar bien. Nos lo garantiza la doctrina categórica del Concilio Vaticano I, el cual, haciendo suya la doctrina secular de la Iglesia, y podemos añadir que también de la filosofía humana, afirma que: «Dios, principio y fin de todas las cosas, puede ser conocido con seguridad mediante la luz natural de la razón a través de las cosas creadas» (Denz. S. 3.004). ¿Por qué entonces tantos hombres, incluso muy doctos, dicen lo contrario? Respondemos: porque no emplean su entendimiento según las leyes auténticas del pensamiento que busca la verdad.

"Somos conscientes de que estamos diciendo una cosa grave. Pero es así. Podríamos discutir horas y horas sobre el deber y el arte del bien pensar, según las exigencias y los criterios de la auténtica sabiduría humana y según la lógica que exige la misma ciencia y el discurrir honrado y correcto del sentido común. Esta línea del pensamiento religioso, que parece tan evidente e inscrita en la mente sana del hombre y en la relación de verdades que ésta consigue establecer con las cosas conocidas, es hoy rechazada como una pretensión ingenua y anticuada, siendo así que es y será siempre el camino maestro que conduce indefectiblemente al espíritu humano desde el mundo sensible y científico hasta las puertas del mundo divino."

PAULO VI: Alocución en la Audiencia General. (12 de junio de 1968; texto italiano en *L'Osservatore Romano* del 13; texto en castellano: *Ecclesia* núm. 1.395 del 22 de junio de 1968).

III

Fe y respeto humano ante el ambiente de moda.

"«Respeto humano», esto es, la reticencia o la vergüenza, o el miedo, cuando se trata de la profesión de la propia fe. No hablamos ahora de la discreción o de la moderación que, en una sociedad pluralística y profana como la nuestra, piden moderación justamente cuando se trata de manifestaciones de índole religiosa delante de otros. Hablamos de la cobardía al silenciar las propias ideas religiosas por temor al ridículo, a la crítica o a la reacción de los otros. Es la caída triste y célebre de San Pedro en la noche del prendimiento de Jesús. Es un defecto frecuente en los muchachos, en los jóvenes, en los oportunistas, en las personas sin carácter y sin valor. Esta es la causa, tal vez la principal, del abandono de la fe para quien se conforma con el ambiente nuevo en el que empieza a vivir.

"Deberíamos hablar, a este respecto, de la fuerza del ambiente en el que uno se integra y que impone a masas enteras de gente el pensar y obrar según la moda, según la corriente dominante de la opinión pública, según formas ideológicas opresoras, que se difunden a veces como epidemias irresistibles. El ambiente, factor importantísimo para la formación de la personalidad, se impone con frecuencia como una exigencia conformista que la domina. El conformismo social es una de las fuerzas que sostienen, en ciertos casos, que sofoca, en otros, el sentimiento y la práctica religiosa."

PAULO VI: Alocución en la Audiencia General del 19 de junio de 1968; texto italiano en *L'Osservatore Romano* del 20; texto en castellano: *Ecclesia* núm. 1.398, sábado 13 de julio de 1968).

Fe muerta.

"¿Puede acaso existir una fe muerta? Desgraciadamente, sí; puede haber una fe muerta. Y es claro que la negación de la fe, tanto objetivamente, cuando se niegan o deliberadamente se cambian las verdades que por fe debemos admitir, como subjetivamente, cuando consciente y voluntariamente se retira nuestra adhesión a nuestro credo, se apaga la fe, y con ella la luz vital y

"sobrenatural de la divina revelación en nuestra alma. Existe otro
"grado negativo respecto a la vitalidad de la fe, y éste priva a la
"misma fe de su desarrollo congénito, la caridad, la gracia: el
"pecado, que quita la gracia del alma, puede dejar sobrevivir la
"fe, pero ineficiente con respecto a la verdadera comunión con
"Dios, dejándola como en letargo. Recordad las palabras de San
"Pablo: «Fides quae per caritatem operatur, la fe que actúa por
"medio de la caridad» (Gal., 5, 6).

"Dicen los teólogos que la caridad es el complemento de la fe,
"es decir, su plena cualificación, que la determina y la dirige efi-
"cazmente a su fin, que es Dios buscado, querido, amado, poseído
"mediante el amor; de suerte que «la caridad es llamada alma de
"la fe, por cuanto mediante la caridad el acto de fe se integra y
"perfecciona» (S. T. h. II-II, 4, 3). Y existe aún un tercer gra-
"do negativo que paraliza y esteriliza la fe, y es frustrada expre-
"sión moral, su profesión operativa, el desarrollo en las obras. El
"apóstol Santiago nos lo recuerda manteniendo como una tácita
"polémica con la tesis de la suficiencia de la fe sola para nuestra
"salvación: «La fe sin las obras está muerta» (Sant., 2, 20)."

PAULO VI: Alocución en la Audiencia General del 19 de junio de 1968; texto italiano en *L'Osservatore Romano* del 20; texto en castellano: *Ecclesia* núm. 1.398, sábado 13 de julio de 1968).

Fe viva, en caridad y en obras.

"Nunca daremos suficiente importancia a esta coherencia en-
"tre la fe y la vida. No basta conocer la palabra de Dios, es ne-
"cesario vivirla. Conocer la fe y no aplicarla a la vida sería una
"grave falta de lógica, sería una seria responsabilidad. La fe es
"un principio de vida sobrenatural y a la vez un principio de vida
"moral. La vida cristiana nace de la fe, participa de la incipiente
"comunión que ésta establece entre Dios y nosotros, hace circu-
"lar su infinito y misterioso pensamiento por el nuestro, nos dis-
"pone para aquella comunión vital que une nuestra existencia
"creada con el Ser increado e infinito, que es Dios, y al mismo
"tiempo introduce en nuestro pensar y en nuestro actuar un com-
"promiso, un criterio espiritual y moral, un elemento que califica
"nuestra conducta: nos hace cristianos. Debemos recordar siem-
"pre la conocida fórmula del apóstol: El Justo vive de la fe, el

"cristiano, podemos traducir, vive de fe (Rom., 1, 17; Gal., 3, 11; "Ebr., 10, 38)."

"Todos recordaremos cómo el reciente Concilio ha proclamado que «todos los fieles de cualquier estado o condición están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad», y añade: «También en la sociedad terrena esta santidad promueve un tenor de vida más humano» («Lumen gentium», n. 40). Esta afirmación conciliar sobre la vocación de todos y cada uno a la santidad, correspondiente «a los varios géneros de vida y a las diversas profesiones de cada uno, es de capital importancia: «Cada uno —prosigue el Concilio—, según los propios dones y oficios, debe avanzar sin demora por las vías de la fe viva, que enciende la esperanza y actúa por medio de la caridad» (Ib., n. 41). Por eso debería desaparecer el cristiano que descuida los deberes de su elevación a hijo de Dios y hermano de Cristo, a miembro de la Iglesia. La mediocridad, la infidelidad, la inconstancia, la incoherencia, la hipocresía deberían desaparecer de la figura, de la tipología del creyente moderno. Una generación empapada de santidad debería caracterizar nuestro tiempo. No sólo debemos buscar el santo singular y excepcional, sino que debemos crear y promover una santidad de pueblo, exactamente como, desde los primeros albores del cristianismo, quería San Pedro, escribiendo sus conocidas palabras: «Vosotros sois una raza escogida, un sacerdocio real, una gente santa, un pueblo redimido... Vosotros, que en un tiempo no érais un pueblo, pero ahora sois pueblo de Dios» (1 Pedro, 2, 9-10)."

PAULO VI: Discurso en la Audiencia General del 3 de julio de 1968. (Texto italiano en *L'Osservatore Romano* del 4 de julio; texto en castellano: *Ecclesia* núm. 1.400, sábado 27 de julio de 1968).

Irrompible armonía de las virtudes teologales.

"Por ello la profesión de fe que brota hoy de esta asamblea toma el aspecto de una afirmación decisiva: nosotros creemos en Dios, creemos en Cristo, creemos, o mejor, en cierto sentido, sentimos al Espíritu Santo, que nos hace audaces y dichosos al pronunciar nuestro acto de fe, que llegando unánime a los pies de este altar, termina en el abandono confiado en esa Santa Iglesia, que tiene su fundamento aquí en la piedra apostólica; y

"sin sombra de triunfalismo, pero con la sinceridad de un testigo vivo, experimenta la verdad de las palabras del evangelista Juan: «Nuestra fe es la victoria que ha vencido al mundo» (1, Juan, 5, 4).

"Si se nos permite dedicar unos instantes al sentido de plenitud de este acto de fe, que parece sugerido por el mismo Pedro, que hoy veneramos, cuando escribe «permaneced fuertes en la fe» (1 Pedro, 5, 9), os exhortaremos, venerables hermanos y queridos hijos, a secundar en el acto mismo su movimiento teológico, es decir, a traducirlo en la plenitud de la esperanza, hermana fiel de esa fe que ha recibido la última revelación del mundo divino: «Dios es caridad» (1 Juan, 4, 16); «y nosotros hemos creído en la caridad» (ibíd.). Sí, «Dios es amor. La esperanza es la respuesta espontánea del alma a esta certeza cuando se acepta y calibra. Salta en el momento preciso, en el instante preciso en que la fe en Dios nos revela como una fe en la caridad» (Cardenal Garrone, «Que faut-il croire?», pág. 284). Por lo demás, ninguno de nosotros ha olvidado la definición bíblica de la fe, coesencial con la esperanza: «La fe es el núcleo de las cosas que se han de esperar» (Hebreos, 11, 1); «fe es el contenido de las cosas esperadas» (Dante, par. 24, 64)."

PAULO VI: Homilía al Episcopado y Laicado Italiano en la Festividad de la Cátedra de San Pedro. (22 de febrero de 1968; texto italiano en *L'Osservatore Romano* del 23; texto en castellano: *Ecclesia* núm. 1.380, sábado 2 de marzo).

Recemos el Credo con Paulo VI.

Profesión de fe.

"Creemos en un solo Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, creador de las cosas visibles como es este mundo en el que transcurre nuestra vida pasajera, de las cosas invisibles como los espíritus puros que reciben también el nombre de ángeles (1) y creador en cada hombre de su alma espiritual e inmortal.

"Creemos que este Dios único es absolutamente uno en su esencia infinitamente santa al igual que en todas sus perfecciones, en su omnipotencia, en su ciencia infinita, en su providencia, en su voluntad y en su amor. El es «el que es», como lo ha revelado a Moisés (2); y El es «Amor», como el apóstol Juan nos lo enseña (3); de forma que estos dos nombres, Ser y Amor, expresan inefablemente la misma realidad divina de Aquél que ha querido darse a conocer a nosotros y que «habitando en una luz inaccesible» (4) está en sí mismo por encima de todo nombre, de todas las cosas y de toda inteligencia creada. Solamente Dios nos puede dar ese conocimiento justo y pleno revelándose como Padre, Hijo y Espíritu Santo, de cuya vida eterna estamos llamados por gracia a participar, aquí abajo en la oscuridad de la fe y más allá de la muerte en la luz eterna. Los lazos mutuos que constituyen eternamente las Tres Personas, siendo cada una el solo y el mismo ser divino, son la bienaventurada vida íntima del Dios tres veces santo, infinitamente superior a lo que podemos concebir con la capacidad humana (5). Damos con todo gracias a la bondad divina por el hecho de que gran número de creyentes puedan atestiguar juntamente con nosotros delante de los hombres la Unidad de Dios, aunque no conozcan el Misterio de la Santísima Trinidad.

"Creemos, pues, en el Padre que engendra al Hijo desde la eternidad; en el Hijo, Verbo de Dios, que es eternamente engendrado; en el Espíritu Santo, Persona increada, que procede del Padre y del Hijo, como eterno amor de ellos. De este modo en las Tres Personas divi-

(1) Cfr. "Dz.-Sch." 3002.

(2) Cfr. Ex., 3, 14.

(3) Cfr. 1 Io., 4, 8.

(4) 1 Tim., 6, 16.

(5) Cfr. "Dz.-Sch." 804.

"nas, «coaternae sibi et coaequales» (6) sobreabundan y
"se consuman en la eminencia y la gloria, propias del Ser
"increado, la vida y la bienaventuranza de Dios perfec-
"tamente uno, y siempre «se debe venerar la Unidad en la
"Trinidad y la Trinidad en la Unidad» (7).

**Creemos en
Jesucristo.**

"Creemos en nuestro Señor Jesucristo, que es el Hijo
"de Dios. El es el Verbo eternal, nacido del Padre antes
"de todos los siglos y consustancial al Padre, «homoousios
"to Patri» (8) y por quien todo ha sido hecho. Se encarnó
"por obra del Espíritu Santo en el seno de la Virgen
"María y se hizo hombre: igual por tanto al Padre, según
"la divinidad, e inferior al Padre, según la humanidad (9),
"y uno en sí mismo, no por una imposible confusión de
"las naturalezas, sino por la unidad de la persona (10).

"Habitó entre nosotros, con plenitud de gracia y de
"verdad. Anunció e instauró el Reino de Dios y nos hizo
"conocer en El al Padre. Nos dio un mandamiento nuevo:
"amarnos los unos a los otros como El nos ha amado. Nos
"enseñó el camino de las bienaventuranzas del Evangelio:
"la pobreza de espíritu, la mansedumbre, el dolor sopor-
"tado con paciencia, la sed de justicia, la misericordia,
"la pureza de corazón, la voluntad de paz, la persecución
"soportada por la justicia. Padeció en tiempos de Poncio
"Pilato, como Cordero de Dios, que lleva sobre sí los pe-
"cados del mundo, y murió por nosotros en la Cruz, sal-
"vándonos con su sangre redentora. Fue sepultado y por
"su propio poder resucitó al tercer día, elevándonos por
"su Resurrección a la participación de la vida divina que
"es la vida de la gracia. Subió al Cielo y vendrá de nuevo
"esta vez con gloria para juzgar a vivos y muertos, a cada
"uno según sus méritos: quienes correspondieron al amor
"y a la piedad de Dios irán a la vida eterna; quienes lo
"rechazaron hasta el fin, al fuego inextinguible.

"Y su reino no tendrá fin.

**Creemos
en el Espí-
ritu Santo.**

"Creemos en el Espíritu Santo, que es señor y da la
"vida, que con el Padre y el Hijo recibe una misma ado-
"ración y gloria. El nos ha hablado por los profetas y ha
"sido enviado a nosotros por Cristo después de su Resu-

(6) "Dz.-Sch." 75.

(7) "Dz.-Sch." 75.

(8) "Dz.-Sch." 150.

(9) Cfr. "Dz.-Sch." 76.

(10) Cfr. "Dz.-Sch." 76.

"rección y su Ascensión al Padre; El ilumina, vivifica, protege y guía la Iglesia, purificando sus miembros si éstos no se sustraen a la gracia. Su acción, que penetra hasta lo más íntimo del alma, tiene el poder de hacer al hombre capaz de corresponder a la llamada de Jesús: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt., 5, 48).

"Creemos que María es la Madre, siempre Virgen, del Verbo Encarnado, nuestro Dios y Salvador Jesucristo (11), y que en virtud de esta elección singular, Ella ha sido, en atención a los méritos de su Hijo, redimida de modo eminente (12), preservada de toda mancha de pecado original (13) y colmada del don de la gracia más que todas las demás criaturas (14).

"Asociada por un vínculo estrecho e indisoluble a los Misterios de la Encarnación y de la Redención (15), la Santísima Virgen, la Inmaculada, ha sido elevada al final de su vida terrena en cuerpo y alma a la gloria celestial (16) y configurada con su Hijo resucitado en la anticipación del destino futuro de todos los justos. Creemos que la Santísima Madre de Dios, nueva Eva, Madre de la Iglesia (17), continúa en el Cielo su misión maternal para con los miembros de Cristo, cooperando al nacimiento y al desarrollo de la vida divina en las almas de los redimidos (18).

El pecado original.

"Creemos que en Adán todos pecaron, lo cual quiere decir que la falta original cometida por él hizo caer a la naturaleza humana, común a todos los hombres, en un estado en que experimenta las consecuencias de esta falta y que no es aquél en el que se hallaba la naturaleza al principio en nuestros padres, creados en santidad y justicia y en el que el hombre no conocía ni el mal ni la muerte. Esta naturaleza humana caída, despojada de la vestidura

(11) Cfr. "Dz.-Sch." 251-252.

(12) Cfr. "Lumen Gentium" 53.

(13) Cfr. "Dz.-Sch." 2803.

(14) Cfr. "Lumen Gentium" 53.

(15) Cfr. "Lumen Gentium" 53, 58, 61.

(16) Cfr. "Dz.-Sch." 3903.

(17) Cfr. "Lumen Gentium" 53, 56, 61, 63; Pablo VI, "Aloc. en la clausura de la III Sesión del Concilio Vat. II": AAS LVI [1964] 1016; Exhort. Apost. "Signum Magnum, Introd.

(18) Cfr. "Lumen Gentium" 62; Pablo VI, Exhort. Apost. "Signum Magnum", P. 1, n. 1.

"de la gracia, herida en sus propias fuerzas naturales y
"sometida al imperio de la muerte se transmite a todos
"los hombres, y en este sentido todo hombre nace en pe-
"cado.

"Sostenemos, pues, con el Concilio de Trento que el
"pecado original se transmite con la naturaleza humana,
"«no por imitación, sino por propagación», y que por
"tanto «es propio de cada uno» (19).

"Creemos que Nuestro Señor Jesucristo, por el Sa-
"crificio de la Cruz nos rescató del pecado original y de
"todos los pecados personales cometidos por cada uno de
"nosotros, de modo que, según afirma el Apóstol, «donde
"había abundado el pecado, sobreabundó la gracia» (20).

"Creemos en un solo Bautismo, instituido por nuestro
"Señor Jesucristo para el perdón de los pecados. El Bau-
"tismo se debe administrar también a los niños que toda-
"vía no son culpables de pecados personales, para que na-
"ciendo privados de la gracia sobrenatural, renazcan «del
"agua y del Espíritu Santo» a la vida divina en Cristo
"Jesús (21).

Creemos en la Iglesia.

"Creemos en la Iglesia, que es Una, Santa Católica
"y Apostólica, edificada por Jesucristo sobre la piedra que
"es Pedro. Ella es el Cuerpo Místico de Cristo, al mismo
"tiempo sociedad visible instituida con organismos jerár-
"quicos y comunidad espiritual, la Iglesia terrestre, el
"pueblo de Dios peregrino aquí abajo y la Iglesia colmada
"de bienes celestiales, el germen y las primicias del Reino
"de Dios, por el que se continúa a lo largo de la historia
"de la humanidad la obra y los dolores de la Redención
"y que tiende a su realización perfecta más allá del tiempo
"en la gloria (22). En el correr de los siglos, Jesús, Señor,
"va formando su Iglesia por los sacramentos, que emanan
"de su plenitud (23). Por ellos hace participar a sus miem-
"bros en los misterios de la Muerte y de la Resurrección
"de Cristo, en la gracia del Espíritu Santo, fuente de vida
"y de actividad (24). Ella es, pues, santa, aun albergando

(19) Cfr. "Dz.-Sch." 1513.

(20) Cfr. Rom., 5, 20.

(21) Cfr. "Dz.-Sch." 1514.

(22) Cfr. "Lumen Gentium" 8 y 5.

(23) Cfr. "Lumen Gentium" 7, 11.

(24) Cfr. "Sacrosanctum Concilium" 5, 6; "Lumen Gentium"
7, 12, 50.

"en su seno a los pecadores, porque no tiene otra vida que
"la de la gracia: es, viviendo esta vida, como sus miembros
"se santifican; y es sustrayéndose a esta misma vida, como
"caen en el pecado y en los desórdenes que obstaculizan
"la irradiación de su santidad. Y es por esto que la Iglesia
"sufre y hace penitencia por tales faltas que ella tiene el
"poder de curar en sus hijos en virtud de la Sangre de
"Cristo y el Don del Espíritu Santo.

"Heredera de las promesas divinas e hija de Abrahán,
"según el Espíritu, por este Israel cuyas escrituras guarda
"con amor y cuyos patriarcas y profetas venera; fundada
"sobre los apóstoles y transmitiendo de generación en ge-
"neración su palabra siempre viva y sus poderes de pas-
"tores en el sucesor de Pedro y los obispos en comunión
"con él; asistida perennemente por el Espíritu Santo, tiene
"el encargo de guardar, enseñar, explicar y difundir la
"verdad que Dios ha revelado de una manera todavía ve-
"lada por los profetas y plenamente por Cristo Jesús.
"Creemos todo lo que está contenido en la palabra de
"Dios escrita o transmitida y que la Iglesia propone para
"creer, como divinamente revelado, sea por una definición
"solemne, sea por el magisterio ordinario y universal (25).
"Creemos en la infalibilidad de que goza el sucesor de
"Pedro, cuando enseña «ex cathedra» como Pastor y
"Maestro de todos los fieles (26), y de la que está asistido
"también el cuerpo de los obispos cuando ejerce el ma-
"gisterio supremo en unión con él (27).

**Esperanza
de unidad.**

"Creemos que la Iglesia fundada por Cristo Jesús, y
"por la cual El oró, es indefectiblemente una en la fe, en
"el culto y en el vínculo de la comunión jerárquica. Dentro
"de esta Iglesia, la rica variedad de ritos litúrgicos y la
"legítima diversidad de patrimonios teológicos y espiri-
"tuales, y de disciplinas particulares, lejos de perjudicar
"a su unidad, la manifiesta ventajosamente (28).

"Reconociendo también, fuera del organismo de la Igle-
"sia de Cristo, la existencia de numerosos elementos de
"verdad y de santificación que le pertenecen en propiedad

(25) Cfr. "Dz.-Sch." 3011.

(26) Cfr. "Dz.-Sch." 3074.

(27) Cfr. "Lumen Gentium" 25.

(28) Cfr. "Lumen Gentium" 23; "Orientalium Ecclesiarum"
2, 3, 5, 6.

"y que tienden a la unidad católica (29), y creyendo en la acción del Espíritu Santo, que suscita en el corazón de los discípulos de Cristo el amor a esta unidad (30). Nos abrigamos la esperanza de que los cristianos que no están todavía en plena comunión con la Iglesia única se reunirán un día en un solo rebaño con un solo Pastor.

"Creemos que la Iglesia es necesaria para salvarse, porque Cristo, el solo Mediador y Camino de salvación, se hace presente para nosotros en su Cuerpo que es la Iglesia (31). Pero el designio divino de la salvación abarca a todos los hombres; y los que sin culpa por su parte ignoran el Evangelio de Cristo y su Iglesia, pero buscan a Dios con sinceridad y, bajo el influjo de la gracia, se esfuerzan por cumplir su voluntad conocida mediante la voz de la conciencia, éstos, cuyo número sólo Dios conoce, pueden obtener la salvación (32).

"Creemos que la misa celebrada por el sacerdote, representante de la persona de Cristo en virtud del poder recibido por el sacramento del Orden y ofrecida por él en nombre de Cristo y de los miembros de su Cuerpo místico, es el Sacrificio del Calvario, hecho presente sacramentalmente en nuestros altares. Creemos que del mismo modo que el pan y el vino consagrados por el Señor en la santa Cena se convirtieron en su Cuerpo y en su Sangre, que iban a ser ofrecidos por nosotros en la Cruz, así también el pan y el vino consagrados por el sacerdote se convierten en el Cuerpo y en la Sangre de Cristo glorioso, sentado en el Cielo, y creemos que la misteriosa presencia del Señor, bajo lo que sigue apareciendo a nuestros sentidos igual que antes, es una presencia verdadera, real y sustancial (33).

La transustanciación.

"Cristo no puede estar así presente en este Sacramento más que por la conversión de la realidad misma del pan en su Cuerpo y por la conversión de la realidad misma del vino en su Sangre, quedando solamente inmutadas las propiedades del pan y del vino percibidas por nuestros sentidos. Este cambio misterioso es llamado por la Iglesia, de una manera muy apropiada, «transustanciación». Toda

(29) Cfr. "Lumen Gentium" 8.

(30) Cfr. "Lumen Gentium" 15.

(31) Cfr. "Lumen Gentium" 14.

(32) Cfr. "Lumen Gentium" 16.

(33) Cfr. "Dz.-Sch." 1651.

"explicación teológica que intente buscar alguna inteli-
"gencia de este misterio debe mantener, para estar de
"acuerdo con la fe católica, que en la realidad misma,
"independiente de nuestro espíritu, el pan y el vino han
"dejado de existir después de la consagración, de suerte
"que el Cuerpo y la Sangre adorables de Cristo Jesús son
"los que están desde ese momento realmente delante de
"nosotros, bajo las especies sacramentales del pan y del
"vino (34), como el Señor ha querido, para darse a nos-
"otros en alimento y para saciarnos en la unidad de su
"Cuerpo Místico (35).

"La existencia única e indivisible del Señor en el cielo
"no se multiplica, sino que se hace presente por el Sacra-
"mento en los numerosos lugares de la tierra donde se
"celebra la misa. Y sigue presente, después del sacrificio,
"en el Santísimo Sacramento que está en el tabernáculo,
"corazón viviente de cada una de nuestras iglesias. Es
"para nosotros un dulcísimo deber honrar y adorar en la
"Santa Hostia que ven nuestros ojos al Verbo Encarnado
"a quien no pueden ver y que sin abandonar el Cielo se
"ha hecho presente ante nosotros.

**El reino de
Dios no es
de este
mundo.**

"Confesamos que el Reino de Dios iniciado aquí abajo
"en la Iglesia de Cristo no es de este mundo, cuya figura
"pasa, y que su crecimiento propio no puede confundirse
"con el progreso de la civilización, de la ciencia o de la
"técnica humanas; sino que consiste en conocer cada vez
"más profundamente las riquezas insondables de Cristo,
"en esperar cada vez con más fuerza los bienes eternos, en
"corresponder cada vez más ardentemente al amor de
"Dios, en dispensar cada vez más abundantemente la gra-
"cia y la santidad entre los hombres.

"Es este mismo amor el que impulsa a la Iglesia a
"preocuparse constantemente del verdadero bien temporal
"de los hombres. Sin cesar de recordar a sus hijos que
"ellos no tienen una morada permanente en este mundo,
"los alienta también, en conformidad con la vocación y los
"medios de cada uno, a contribuir al bien de su ciudad te-
"rrenal, a promover la justicia, la paz y la fraternidad
"entre los hombres, a prodigar ayuda a sus hermanos, en

(34) Cfr. "Dz.-Sch." 1642, 1651-1654; Pablo VI, Enc. "Mysterium Fidei".

(35) Cfr. S. Th., III, 73, 3.

"particular a los más pobres y desgraciados. La intensa
"solicitud de la Iglesia, Esposa de Cristo, por las necesi-
"dades de los hombres, por sus alegrías y esperanzas, por
"sus penas y esfuerzos, nace del gran deseo que tiene de
"estar presente entre ellos para iluminarlos con la luz de
"Cristo y juntar a todos en El, su único Salvador. Pero
"esta actitud nunca podrá comportar que la Iglesia se con-
"forme con las cosas de este mundo ni que disminuya el
"ardor de la espera de su Señor y del Reino eterno.

"Creemos en la vida eterna. Creemos que las almas de
"cuantos mueren en la gracia de Cristo, ya las que todavía
"deben ser purificadas en el Purgatorio, ya los que desde
"el instante en que dejan los cuerpos por Jesús son lle-
"vados al Paraíso como hizo con el Buen Ladrón, cons-
"tituyen el pueblo de Dios más allá de la muerte, la cual
"será definitivamente vencida en el día de la Resurrec-
"ción, cuando esas almas se unirán de nuevo a sus cuerpos.

"Creemos que la multitud de aquellos que se encuen-
"tran reunidos en torno a Jesús y a María en el Paraíso
"forman la Iglesia del Cielo donde, en eterna bienaventu-
"ranza, ven a Dios tal como es (36) y donde se encuentran
"asociados, en grados diversos, con los santos ángeles al
"gobierno divino ejercido por Cristo en la gloria, inter-
"cediendo por nosotros y ayudando nuestra flaqueza me-
"diante su solicitud fraternal (37).

"Creemos es la comunión de todos los fieles de Cristo,
"de los que aún peregrinan en la tierra, de los difuntos
"que cumplen su purificación, de los bienaventurados del
"Cielo, formando todos juntos una sola Iglesia; y creemos
"que en esta comunión el amor misericordioso de Dios y de
"los Santos escucha siempre nuestras plegarias, como el
"mismo Jesús nos ha dicho: pedid y recibiréis (38). De
"esta forma, con esta fe y esperanza, esperamos la resu-
"rrección de los muertos y la vida del mundo futuro.

"¡Bendito Sea Dios, tres veces santo! Amén.

Desde la Basílica Vaticana, 30 de junio de 1968.

PAULUS PP. VI.

(Texto castellano de la Oficina de Prensa del Vaticano). Ecclesia
número 1.397, sábado 6 de julio de 1968.

(36) Cfr. 1 Io., 3, 2; "Dz.-Sch." 1000.

(37) Cfr. "Lumen Gentium" 49.

(38) Cfr. Lc., 10, 9-10; Io., 16, 24.